

de recibir por un general de hierro otro de oro.» Desplegaron-se finalmente al viento las velas de la armada real en las aguas de Lisboa (junio, 1588), pero á la vista todavía del cabo de Finisterre dispersóla un recio temporal, llegando una parte de ella muy maltratada á la Coruña, donde hubo de detenerse algunas semanas para reparacion con rumbo á Inglaterra; al anuncio de su arribo al canal de la Mancha se dispersó el congreso de paz de Bourbourg que aun celebraba conferencias, y se avisó al de Parma para que dijese en qué paraje habian de incorporarse estas fuerzas con las suyas (1).

Apenas habian anclado los navíos ingleses en el puerto de Plymouth cuando se descubrió á la altura del cabo Lézard la armada española á manera de una ciudad flotante, puesta en forma de media luna y abrazando una extension de siete millas (30 de julio). Magnífico é imponente espectáculo fué para los ingleses la aparicion de aquellos enormes vasos, de aquellas inmensas galeazas, con sus altas proas, sus elevados castillos y su pausado y majestuoso movimiento. Sus bajeles eran menos en número y menores en tamaño, pero tambien mas veleros. En el consejo de capitanes que juntó el de Medinasidonia opinaron Recalde y otros de los mas entendidos jefes que convenia embestir la armada enemiga anclada como estaba y mientras tenia contrario el viento, con la seguridad de destruirla. Pero malogróse la ocasion por haberse opuesto el duque en virtud de las instrucciones que llevaba de su soberano, de no romper hostilidades hasta que desembarcara en las costas de Inglaterra el ejército del de Parma. Viendo, pues, el almirante inglés Howard que nuestra armada pasaba de largo, determinó salir á inquietarla; volvieron proas nuestros navíos á dos leguas de Plymouth, pero su misma mole y magnitud hacia lentos y pesados los movimientos de maniobra, mientras los bajeles ingleses, mas pequeños y veloces, mas bajos que los nuestros y menos vulnerables, y guiados por ágiles y diestros marineros, aprovechando los vientos y las corrientes, voltijando, por decirlo así, en der-

redor de nuestras pesadas galeazas, les hacian no poco daño sin recibirle. La almirante de Recalde se vió en gran peligro, teniendo que socorrerla la capitana del duque y la galeaza de Alonso de Leiva que iba de vanguardia. Por la noche un tudesco mal intencionado incendió el navío de Oquendo, y por socorrerle el maestre de campo Pedro Valdés, hecho pedazos el mástil de su galeon, fué presa del vice-almirante Drake, que le envió á la reina Isabel como primer trofeo de la comenzada victoria.

Con este y otros descalabros, producidos, ya por la ventaja de la velocidad de las naves inglesas para ganar los vientos, ya por los bancos y bajíos inaccesibles á navíos mayores, ya por la inexperiencia del almirante español, aunque no sin daño de la flota enemiga, arribó y ancló la armada española cerca de Calais, de donde se apresuró el de Medinasidonia á avisar al de Parma del peligro en que se veia, á pedirle viveres, y á rogarle que no dilatara el incorporársele con el ejército de Flandes (2). Con muchísima dificultad, y venciendo grandes obstáculos que le oponia la armada de los rebeldes flamencos, y teniendo que abrir nuevos canales, habia logrado el de Parma trasportar á Nieuport y Dunkerque las naves construidas en Amberes. Hallóse al fin en disposicion de embarcar parte de su ejército, que constaba de veintiseis mil hombres, de los cuales cuatro mil eran españoles, nueve mil alemanes, ocho mil walones, tres mil italianos, mil borgoñones, y mil irlandeses y escoceses. Iban tan apretados y apiñados en las naves que apenas cabian de pié, y eso que habian vendido al menosprecio sus caballos y todo su ajuar, en la confianza de adquirirlo todo mejor y de proveerse con ventaja en Inglaterra. El mismo Alejandro iba á darse á la vela en Dunkerque cuando le llegaron avisos del desastre de la gran armada, que fué como sigue.

Esperaba el de Medinasidonia en Calais la respuesta del de Parma para combinar sus ulteriores movimientos, cuando una noche vieron los nuestros acercarse ocho navíos encendidos que brotando llamas venian de la parte de la isla de Wight. Era una estratagema del Drake, que anclado entre Wight y Calais habia discurrido asustar á los españoles dirigiendo contra su armada los navíos que habian quedado casi inservibles de la anterior refriega, llenándolos de combustibles barnizados de materias inflamables, y á cargo de algunos intrépidos marineros. Logró bien el objeto de su ardid el antiguo pirata, pues al ver los navíos ardientes muchos de los que en Amberes habian sido testigos de los efectos de las máquinas infernales allí empleadas, aturdiéronse creyendo que encerraban los mismos elementos de destruccion, y comenzaron á gritar: *¡Los fuegos de Amberes! ¡la peste de Amberes!* Entró la confusion en la armada; no fueron oídos los que, mas serenos, proponian que se averiguara sin aturdimiento la verdad de lo que aquello era, y el duque de Medinasidonia mandó levar anclas, cortar cables y salir á ancha mar á combatir al enemigo.

Apenas hecha esta operacion, y cuando el duque se felicitaba de haberse librado de aquel imaginario peligro, levantóse un furioso sudoeste acompañado de copiosísima lluvia, que encrespando las olas, y deslumbrando á los pilotos los relámpagos que sin cesar se cruzaban por la atmósfera, á la violencia de los vientos comenzaron á chocarse fuertemente nuestras naves, hundiéndose unas con el peso de las masas de agua que por sus aberturas recibian, estrellándose otras en los bancos de la costa de Flandes, y dispersándose todas. Cuando á la luz del siguiente dia vieron los ingleses la dispersion de la armada española, embistiéronla con sus ligeros buques: con admirable valor sostuvieron el ataque con cuarenta bajeles que pudieron reunir, el duque de Medina, Recalde, Moncada, Pimentel y Toledo por todo un dia, hasta que otra vez se recrudeció el temporal, y arrojada á la playa de Calais una galeaza de Nápoles y atravesado de un balazo en la frente don Hugo de Moncada su capitán, llevado por la borrasca y enca-

(1) Segun Antonio de Herrera (Historia general del Mundo, P. III, libro IV, cap. 2 y 4) se componia la armada de ciento treinta velas, entre galeones, naos, galeras, urcas, carabelas, pataches y pinazas, distribuidas en diez escuadras, de la manera siguiente:

- 1.^a de Portugal, en que iba el de Medinasidonia, con 10 galeras y 2 zabras.
 - 2.^a de Castilla; general Diego Flores de Valdés; 14 galeones y navíos y 2 pataches.
 - 3.^a de Andalucía; general Pedro Valdés; 10 galeones y navíos.
 - 4.^a de Vizcaya; vice-almirante Recalde; 10 galeones y 4 pataches.
 - 5.^a de Guipúzcoa; general Miguel de Oquendo; 10 galeones, 2 pataches y 2 pinazas.
 - 6.^a de Italia; general Martin de Bertendona; 10 naos ragoceas.
 - 7.^a General Juan Gomez de Medina; 23 urcas de armada y bastimentos.
 - 8.^a General don Antonio Hurtado de Mendoza; 22 pataches, carabelas y zabras.
 - 9.^a General don Hugo de Moncada; 4 galeazas de Nápoles.
 - 10.^a El capitán don Diego de Medrano, con 4 galeras.
- Iban en la armada los tercios siguientes:
 El de Sicilia: su maestre de campo don Diego Pimentel, con un sargento mayor y 25 capitanes.
 El de la carrera de las Indias: maestre de campo Nicolás Isla; un sargento mayor y 23 capitanes.
 El de Entre Duero y Miño: maestre de campo don Francisco de Toledo; un sargento mayor y 25 capitanes.
 El de Andalucía: maestre de campo don Agustin Mejía; un sargento mayor y 24 capitanes.
 El de Nápoles: maestre de campo don Alonso Luna; un sargento mayor y 25 capitanes.
 Treinta y nueve compañías sueltas, levantadas en Castilla la Vieja.
 Un tercio de infantería portuguesa, mandado por Gaspar de Sousa, con un sargento mayor y 25 capitanes.
 Otro tercio de portugueses que llevaba Antonio Pereira, con un sargento mayor y 4 capitanes.
 Muchos caballeros, aventureros, mayordomos, personas de servicio, mozos, etc.

Soldados	19,295
Gente de mar.	8,252
Remeros	2,088

(2) Diario de los sucesos de la Armada Invencible desde el 22 de julio hasta 7 de agosto de 1588. Coleccion de Documentos inéditos, t. XIV. —Camden, Anales de Inglaterra, ad ann.—Strype, tomo IV.—Estrada, Guerras, Déc. II, lib. IX.—Bentiv. P. II, lib. IV.